

—Está la de un tal Rodrigo Lastanosa...
—argumenta Carlos.

—Estaba —responde Rodrigo—, pues ahora está diciendo adiós desde lejos, por personas interpuestas: una tal Eva Tabali y un tal Carlos Cano.

...

Y vuelve Rodrigo al flexo de su mesita y a su papel de decididor de didascalias, esos artefactos que tienen por función crear espacios al principio de los actos, levantar imponentes castillos o coquetos saloncitos ingleses, poner alféizares en el aire para que los personajes se apoyen al mirar la calle y, en resumen, dejar las cosas claras para todo el mundo: “estamos en Deventer, a domingo 7 de diciembre de 1634”, acaba de decir Rodrigo, y así debe de ser, a juzgar por este frío húmedo que se nos ha colado en el cuerpo. No, no vayamos tan rápido: “una estufa difunde en la sala un agradable calor”, ha añadido a continuación, y la sala de ensayo se vuelve otoñal y cálida.

—Helena ha oído desde la alcoba el ruido del carruaje —sigue Rodrigo—. Ya dos veces antes le ha dado un vuelco el corazón al traqueteo de cascos y ruedas, pero ahora el coche se ha parado en la misma puerta. Como los cristales son burdos y

esposos, ha entreabierto la ventana hasta estar bien segura y ha bajado ya corriendo, levantándose las faldas. En la puerta, Descartes despide a un mozo que ha dejado unos bultos sobre el arcón. La puerta se cierra, las cartas están dadas, vosotros jugáis...

ELLA-HELENA.— Señor Descartes, señor...
Uff, ya estáis aquí...

ÉL-DESCARTES.— Mi Helena, llámame René, te tengo dicho. Estamos solos y esta es nuestra casa. ¡Pero vienes corriendo! ¿Cómo está mi Helena? ¿Cómo está nuestro niño?

(Se han abrazado tiernamente y la mano de él le acaricia ahora el vientre, todavía sin prominencia).

ELLA-HELENA.— Es una niña, mi señor...
René, es una niña...

ÉL-DESCARTES.— ¡Una niña! ¿Y cómo lo sabes?

ELLA-HELENA.— He tenido un sueño y la he visto. Una niña muy bonita, rubia, muy sonriente...

ÉL-DESCARTES.— ¡Así que una niña! Entonces se llamará Francine.

ELLA-HELENA.— ¿Francine?

ÉL-DESCARTES.— Sí, de pequeño jugaba con una niña que se llamaba así y nos queríamos mucho. Era un poco bizca pero a mí me parecía muy guapa.

ELLA-HELENA.— ¡Eh, René! Yo no quiero que nuestra niña sea bizca. Además la he visto, y bien derecho que me miraba, con sus dos ojitos

ÉL-DESCARTES.— Si tú la has visto, no hay duda, mujer.

ELLA-HELENA.— Luego la he visto de mayor... (Duda y se detiene, como si una sombra atravesara sus ojos).

ÉL-DESCARTES.— (Sin percibir la sombra de duda de ella). ¿Y qué hacía? ¿Estaba yo en tu sueño?

ELLA-HELENA.— Tú escribías en la sala. Yo estaba en la cocina con ella y le hacía seña de no hacer ruido con el dedo delante de los labios. ¿Y sabes lo que hacía ella...? Lo mismo que yo, ponía su dedito, soplabla y se reía... Y luego iba hasta la puerta de la sala y asomaba media carita para verte...

ÉL-DESCARTES.— ¡Eh, casi me olvidaba con la niña! Mira, mira lo que te he traído (Y va sacando la primera tela, que va ciñendo sobre el cuerpo de ella). Esta ocre es para una falda y un corpiño para

salir a pasear por la puerta de San Nicolás, cuando el sol vaya bajando sobre el río Yssel, y toda tú serás de oro.

ELLA-HELENA.— ¡Pues no podré moverme! (Y se reía, y la risa se cambiaba en lágrimas de felicidad). Pero tonto, René. Si me hago la falda ahora, dentro de poco no entraré en ella cuando engorde con la niña...

ÉL-DESCARTES.— ¡Es verdad! Pero tengo una solución. Mira lo que hay en este otro paquete: con esta tela te puedes hacer unos camiseros bien faldones para ponerte por encima y abrirte la falda.

(Los dos se besan jugando mientras una musiquilla llega de la calle. Es un ritmo de *branle*: la zanfoña de un ciego que se dirige al cercano barrio de los carniceros y hace un alto de vez en cuando para descansar y sacar de los escasos paseantes alguna moneda adicional. Helena, muy en papel teatral, se pone al lado derecho de Descartes, toma su mano y da dos pasos a la izquierda siguiendo el ritmo de la música y forzándole a él a hacer lo mismo. Luego igual a la derecha. Pero ahora ella se para frente a él y le dice coquetamente que no con el dedo, primero con una mano y luego con la otra. Él capta rápido el gesto y lo repite a su vez, dentro